

Termina el denso volumen con las semblanzas, movidas y certeras, de tres hombres representativos en su tiempo: Benjamín Vicuña Mackenna, Miguel Luis Amunátegui y Aníbal Pinto.

*Diógenes...*, encendido buceador de hombres y de esperanzas, merece la atención de los chilenos de hoy y de mañana. A ellos parece estar destinado.—L. Y.



“RELATOS HUMORÍSTICOS CHILENOS”, de *Abelardo Clariana*. Editorial Zig-Zag, 1957

El humorismo tiene una definición difícil. Alcanzadas sus primeras estribaciones, vuelven a extenderse sus dilatados confines. Ahora bien, existe el consenso de admitir que el auténtico humorismo es de fina curva sensitiva. La carga excesiva está hecha para los espíritus triviales, es decir, para quienes son incapaces de vibrar con una sobriedad sugestiva.

Sin duda, el concepto de humor es distinto para cada pueblo, está condicionado por las posturas y estilos de vida. De ahí que sus elementos estéticos sean variables. El triunfo del artista se vincula a esta selección adecuada de valores, forzosamente supeditados al lenguaje, a las inflexiones de la expresión oral de los pueblos y de los grupos raciales.

No andan equivocados quienes han dicho que el humorismo es la captación de lo sublime, pero al revés, posiblemente una especie de risa filosófica cuajada de trascendencias, una idea que aniquila, una visión telescópica del mundo, pero invirtiendo las funciones de objetivo y ocular.

El examen de los aspectos del humorismo nos haría transitar por las zonas de la filosofía y de la historia, del vivir humilde y del humanismo esencial. Y como resultado se nos daría la imagen virtual de algunos pueblos, de algunas capas sociales que son humoristas por el mandato e imperio de las circunstancias. Quizás ve-

ríamos desgajarse una interesante teoría de la palabra y del gesto como elementos de la fuga sentimental del hombre, del humorista que lo es por impulso, sin saberlo.

Estas reflexiones previas nos las inspira el libro del profesor Abelardo Clariana. Su colección de *Relatos Humorísticos Chilenos* son, en cierto modo, la cifra de una modalidad de humorismo. Tal vez, un humorismo que se aboca a los hontanares del realismo, de la postura romántica, de la sátira social, del chiste narrado gracias a elementos ancilares, necesarios en ese caso.

Abelardo Clariana, posiblemente, ha tenido que revisar una verdadera columna de libros. Porque el humorismo chileno se halla diseminado sin orden ni concierto. Por excepción se da el humorista que lo sea por natural inclinación. Las creaciones de humor hay que cazarlas, entresacándolas de donde menos se piensa.

Los autores seleccionados son varios. Citemos, entre otros, a Vicente Pérez Rosales, a Joaquín Díaz Garcés, a Manuel J. Ortiz, a Luis Durand, a González Vera.

He ahí que estos escritores son presentados mediante unas notas escuetas, meditadas, ya que su finalidad no es otra que la de fijarlos en sus ámbitos normales, señalando, al mismo tiempo, la posibilidad de su vena humorística.

La valoración del trabajo del profesor Abelardo Clariana habrá de inducir a los críticos a situarse en zonas esencialmente subjetivas. El humorismo admite plurales interpretaciones, no tiene una definición exacta, ya que su impulso inicial arranca de muy variadas situaciones vitales, filosóficas y estéticas. No sería difícil intentar una meticulosa clasificación de matizaciones humorísticas.

Pongamos un ejemplo. "Afuerinos", de Luis Durand, cabe en los cuadros del humorismo, si lo concebimos en su aspecto de gracia brotada del lenguaje hablado. Pero si nos fijamos en su contenido, en este cuento genial de la literatura chilena, hay factores dramáticos, realistas, incluso de un idealismo paisajista.

Quizá algún lector preferiría, como humorismo esencial, otro cuento del mismo autor. El titulado "Un valiente".

Como decimos, el subjetivismo del compilador tiene una importancia decisiva en la valoración de las obras. Y es lógico que su verdad, su manera de ver, no coincida con la de otros.

Quizás hubiera sido muy interesante que Abelardo Clariana, como punto de vista, como mecanismo de encuadre estético, hubiese explicado, hasta dónde es posible, su concepción del problema humorista. Claro está que esa profesión de fe se nos da a la inversa. Los trabajos seleccionados pueden servirnos para bosquejar los puntos esenciales de aquella postura valorativa.

El autor de la selección y prólogo de esta obra nos dice que no abundan los escritores chilenos humoristas. Una vez más volvemos a internarnos en gustos personales, muy respetables, ya que el humorismo es una de las parcelas literarias menos claras, más enmarañadas, más sujetas a posturas humanas.

De todo ello se deriva una enseñanza. Algunas obras de la literatura chilena están esperando al psicólogo que penetre en los entresijos humoristas de los grandes señores del campo, de los huasos sentenciosos, del roto ciudadano y campesino, tipo de hombre este último, entero de plenitud, no obstante la desarticulada paradoja de su nombre.

Los estudios de cada autor que preceden a estos *Relatos Humorísticos Chilenos* nos revelan al profundo conocedor de la literatura nacional. Es imposible decir más en menos espacio. Cada uno de los escritores seleccionados está cazado en su integridad. He ahí la que podría ser técnica valiosa para una Historia de la Literatura Chilena.

Es de sumo interés el haberse dedicado a seleccionar modelos de humorismo. Nada similar existía en la bibliografía chilena. Y ahí está agrupado un valioso material para fundamentar teorías acerca de las vertientes del humorismo, para servirles de incitación a los escritores actuales. Sabido es que el humorismo ha estilizado sus clásicas espirales. Se ha convertido en menester de severas exigencias. Porque los motivos que inspiran al hombre se han enriquecido con numerosas aportaciones.

El profesor Clariana, manifestando su preferencia por la obra de ciertos autores chilenos, afirma los basamentos de su teoría acerca de un aspecto interesante del hacer literario.—*Vicente Mengod.*

■

“GUARO Y CHAMPAÑA”, de *Hugo Lindo*. Departamento Editorial del Ministerio de Cultura, San Salvador. El Salvador, 1955

He aquí, reunidos en un solo volumen, dos tipos muy diversos de narraciones. El título, brevemente anotado por el autor, nos entrega finísimos hilos conductores.

El guaro es un licor regional y áspero. El champaña evoca reminiscencias de la dulce Francia, tiene suavidades y un no sé qué de sensualidad. Los relatos encuadrados en la primera rúbrica son broncos y regionales. Los segundos son de motivación y proyecciones no circunscritas al terruño patrio del autor. Unidos, forman el anverso y reverso de una moneda vital potenciada por obra y gracia de la dignidad estética.

La prosa de Hugo Lindo es de gran pureza, casi exenta de complicadas metáforas. Diríase que escribe escuchando la resonancia de la palabra hablada. De ahí su tersa limpidez, su ritmo seguro, sin prisa, pero sin detenerse. Mejor dicho, en alguna oportunidad, descubierto el periplo que sus personajes han de llevar a efecto, el autor se complace en seguirlos, sin darles tregua a vacilaciones. Y entonces, el lector experimenta una sensación de dramatismo. Porque sabe que el cuentista, con seguridad implacable, habrá de detenerse a escuchar los latidos de sus personajes, de unas hembras y de unos varones de carne y hueso. Pero he ahí que esas agonías son registradas en toda su intensidad, sin que, por ello, desaten la fibra cordial del comentario de tipo social, sin que se urdan las habituales frases de sabor literario. En ello radica el mérito indiscutible de esta obra, de un arte de contar y novelar sin aditamentos. El autor, literato de finas calidades, rehúye la postura moralista,